

lo que es trabajar durante largas horas con las manos, y por salarios cortos, y practicar además la abnegación de sí mismo, me siento animado á declarar por experiencia propia, que la ventaja de la independencia, ó más bien la dependencia propia, por la que abogo, es infinitamente más valiosa que todo lo que cuesta su adquisición; y, además, que el adquirirla en un grado mayor ó menor, según las circunstancias, depende de la voluntad del mayor número de los operarios expertos ocupados en nuestras manufacturas. ”

CAPÍTULO V.

EJEMPLOS DE AHORRO.

Los ejemplos demuestran la posibilidad del éxito.
COLTON.

El poder de su mérito propio, se abre paso. — SHAKSPEARE

Lector, considerad, si vuestra alma se eleva al vuelo de la fantasía más allá del Polo, ó si en esta obscura vivienda vil y mala, persigue á tientas un fin rastrero; sabed que el prudente y vigilante dominio sobre sí mismo, es la raíz de la sabiduría. — BURNS.

En la familia, como en el Estado, es la economía la mejor fuente de la riqueza. — CICERÓN.

La verdadera acción, es consecuencia de la verdadera fe; pero una fe sincera y verdadera no puede ser sostenida, profundizada y aumentada, sino en una carrera de verdadera acción. — M. COMBES.

El ahorro es el espíritu de orden aplicado á la administración y á la organización domésticas. Su fin es administrar con prudencia los recursos de la familia; impedir el despilfarro, y evitar los gastos inútiles. El ahorro está bajo la influencia de la razón y de la previsión, y nunca obra á la ventura ó por puro capricho. Se esfuerza por hacer lo más y lo mejor en todo. No economiza dinero por el gusto de guardar. Hace sacrificios alegremente en beneficio presente de otros; ó se so-

mete á voluntarias privaciones para algún bien futuro.

La señora Inchbald, autora de la "Historia Sencilla", podía poner á un lado, á fuerza de economía, la mitad de sus pequeños ingresos para beneficio de su hermana inválida. De ese modo había como dos libras esterlinas por semana para el sostenimiento de cada una. "Muchas veces, dice, durante el invierno, cuando yo lloraba de frío, me decía á mí misma: Gracias á Dios, mi hermana querida no tiene necesidad de salir de su cuarto, y encontrará todas las mañanas su fuego arreglado; porque ahora se encuentra mucho menos apta que yo para sufrir privaciones." La familia de la señora Inchbald era muy pobre en su mayor parte; y ella comprendía que era justo sostenerla durante sus muchas calamidades. Hay una cosa que se puede decir de la benevolencia, y es, que nunca ha arruinado á nadie, aunque el egoísmo y la disipación han arruinado á miles.

Las palabras "Waste not, want not," (*no desperdicies, no carezcas*), grabadas en piedra sobre el fogón de la cocina de sir Walter Scott en Abbotsford, expresan con brevedad el secreto del orden en medio de la abundancia. El orden es utilísimo en la administración de todo; de una casa, de un negocio, de una fábrica, de un ejército. Su máxima es: Un lugar para cada cosa, y cada cosa en su lugar. El orden es riqueza; por que, cualquiera que arregle convenientemente el uso de sus entradas, casi dobla sus recursos. Las personas desordenadas rara vez son ricas, y las personas ordenadas son rara vez pobres.

El orden es el mejor administrador del tiempo; porque á menos de que el trabajo sea arreglado convenientemente, se pierde tiempo; una vez perdido no se recobra jamás. El orden ilustra muchos asuntos importantes. Así, pues, es orden la obediencia á la ley moral y natural. El respeto por nosotros mismos y por nuestros semejantes, es orden. La consideración por los derechos y obligaciones de todos, es orden. La virtud es orden. El mundo principió con el orden. Prevalcía el caos antes del establecimiento del orden.

El ahorro es el espíritu de orden en la vida humana. Es el agente primero en la economía privada. Conserva la felicidad de muchos hogares. Y como generalmente es la mujer quien arregla el bienestar de la casa es principalmente de ella de quien depende el bienestar de la sociedad. Por eso es tanto más necesario que sea educada desde temprano en el hábito y la virtud del método.

El noble, el comerciante, el dependiente, el artesano, el jornalero, son todos de la misma naturaleza, nacidos con las mismas propensiones y sujetos á iguales influencias. Es verdad que han nacido en diferentes posiciones, pero depende de ellos tener una existencia noble ó vil. Podrán no tener facultad de elección entre la riqueza ó la pobreza; pero tienen la elección de ser buenos ó malos, de ser dignos ó indignos.

Personas de la posición más elevada, en materia de cultura y de educación, tienen que sufrir á veces tan grandes privaciones como el promedio de los operarios. Á menudo tienen que estirar muchísimo más sus entradas. Tienen que sostener una posición social. Tienen que vestirse mejor, y que vivir suficientemente bien, teniendo en vista la salud. Aunque sus ingresos sean menores que los de los fundidores de hierro ó mineros de carbón, se encuentran en la necesidad moral de educar á sus hijos y criarlos como caballeros, de modo que puedan tomar la parte propia de su labor en la sociedad.

Así fué como el décimo conde de Buchan formó una numerosa familia de hijos, uno de los cuales se elevó hasta ser lord canciller de Inglaterra, no teniendo sino una entrada anual de doscientas libras esterlinas. No es la cantidad de rentas tanto como el buen uso de ellas lo que señala al verdadero hombre; y mirado desde este punto de vista, están entre los mejores de todos los economistas, el buen sentido, el buen gusto, y una sólida cultura intelectual.

El difunto doctor Aiton, dijo que su padre crió y educó una familia más numerosa aún, con sólo la mitad de las rentas de lord Buchan. Es digna de recordación la siguiente dedicatoria, puesta á su obra *Clerical Economies*: "Esta obra es dedicada respetuosamente á un padre que está ahora en el octo-

gésimo tercer año de su edad, el cual, con una renta que nunca pasó de cien libras esterlinas al año, educó á cuatro hijos en las profesiones liberales, de una familia de doce, y que frecuentemente enviaba su último chelín á cada uno de ellos, por turno, cuando estaban en el colegio."

El autor podría citar su propio ejemplo como una ilustración de las ventajas del ahorro. Su madre quedó viuda cuando su hijo menor, el menor de once, no tenía más que tres semanas de edad. Á pesar de una deuda considerable producida por una fianza dada, que fué pagada, hizo frente valerosamente á las dificultades de su posición, y las venció perseverantemente. Aunque su renta era menor que el salario de cualquier operario bien pagado, educó perfectamente á sus hijos, y los crió religiosa y virtuosamente. Puso á sus hijos en el camino de obrar bien, y si así no lo han hecho, no ha sido por falta alguna de ella.

El historiador Hume era hombre que pertenecía á una buena familia; pero siendo uno de los hermanos menores, fueron muy pocos sus recursos. Su padre murió cuando él era aún una criatura; fué criado por su madre, quien se consagró por completo á criar y educar á sus hijos. Á los veinte y tres años de edad fué el joven Hume á Francia para continuar sus estudios. Allí, dice en su autobiografía, establecí ese plan de vida que he continuado observando constantemente y con éxito. Resolví que una severísima frugalidad supliera mi falta de fortuna, para conservar ilesa mi independencia, y considerar como despreciable todo asunto, excepto el mejoramiento de mis talentos en la literatura." El primer libro que publicó fué un fracaso completo. Pero siguió adelante, escribió y publicó otro libro, que obtuvo un éxito. Pero con él no ganó dinero alguno. Fué hecho secretario de la embajada militar en Viena y Turín, y á la edad de treinta y seis años se consideró rico. Estas son sus propias palabras: "Mis sueldos, con mi frugalidad, me habían hecho alcanzar una fortuna que yo llamaba independiente, aunque la mayor parte de mis amigos se sentían dispuestos á sonreírse cuando lo dije; en una palabra,

era dueño de cerca de mil libras esterlinas." Todos saben que mil libras, al cinco por ciento, significan cincuenta libras al año; y Hume se consideraba independiente con esa renta. Su amigo Adam Smith dijo de él: "Hasta en el estado más humilde de su fortuna, jamás le impidió su frugalidad grande y necesaria, hacer actos tanto de bondad como de generosidad en las ocasiones convenientes. Era una frugalidad basada no en la avaricia, sino en el amor á la independencia."

Pero uno de los ejemplos más notables de ahorro se encuentra en la historia del reverendo Roberto Walker: el *admirable* Roberto Walker, como se le llama aún en el distrito de Cumberland en donde residía. Era cura de Leathwaite durante la mayor parte del siglo pasado. Las rentas del curato en la época de su nombramiento (1735), eran únicamente de cinco libras esterlinas al año. Su mujer le llevó una fortuna de cuarenta libras esterlinas. ¿Es posible que haya podido vivir con cinco libras esterlinas al año, el interés de la fortuna de su mujer, y el resultado de sus trabajos como sacerdote? Sí, logró hacer todo esto; y no solamente vivía bien, aunque sencillamente, sino que economizó dinero, que dejó para beneficio de su familia. Realizó todo esto por medio de la laboriosidad, la frugalidad, y la templanza.

Primero, sobre su laboriosidad. Hacía por completo todo trabajo relacionado con su curato. El domingo lo guardaba en todo sentido como día sagrado. Después del servicio de la mañana y del de la tarde, consagraba la noche á la lectura de las Escrituras y á la oración de familia. En los días de la semana enseñaba á los niños de la parroquia, no cobrando nada por la educación, limitándose á tomar lo que los individuos querían darle voluntariamente. La escuela parroquial era su escuela, y mientras que los niños repetían las lecciones á su lado, estaba él, al igual de la maestra de escuela de Shenstone, ocupado en tejer lana. Tenía el derecho de pastoreo sobre las montañas para unas cuantas ovejas y un par de vacas, que requerían su cuidado. Á esta ocupación pastoril agregaba la tarea de la labranza, porque alquilaba dos ó tres acres de tierra

en adición á su acre de tierras beneficiosas, y poseía también un jardín, todo lo cual era labrado por sus propias manos. El combustible de la casa consistía en una especie de turba obtenida por su trabajo de los tremedales de la vecindad. Ayudaba también á sus parroquianos á hacer las parvas y á trasquilar sus majadas, en cuyo arte era sumamente diestro. En cambio le obsequiaban los vecinos con un montón de heno ó un vellón, en reconocimiento general de sus servicios.

Después de haber desempeñado el curato de Leathwaite durante unos veinte años, fué elevado el sueldo anual á diez y siete libras y diez chelines. Siendo ya bien conocido su carácter y muy apreciado, ofreció el obispo de Carlisle á Mr. Walker el nombramiento del curato vecino del Ulpha; pero él lo rehusó concienzudamente, fundándose en que la anexión "podría causar un descontento general entre los vecinos de ambos puntos, ya fuera por creer que eran tratados en menos por no servirseles sino alternativamente, ó creer que se les descuidaba en el servicio, ó por que lo atribuirían á codicia mía; y yo desearía con gusto evitar todos estos motivos de murmuración." Y sin embargo, Mr. Walker tenía en esta época una familia de ocho hijos. Después sostuvo á uno de sus hijos en el colegio Trinidad de Dublín, hasta que estuvo pronto para recibir las sagradas órdenes.

Por supuesto, el pastor de la parroquia era un hombre muy económico. Sin embargo, ningún acto de su vida tenía sabor, ni en lo más mínimo á tocañería ó avaricia. Por otra parte, manifestó su conducta durante toda la vida el desinterés y la generosidad más grandes. Conocía poquísimos regalos; y le importaban menos. El te sólo se usaba en su casa para las visitas. La familia usaba leche, lo que en verdad era mejor. Exceptuándose la leche, no se usaba en la casa más bebida que el agua; agua pura sacada del manantial de la montaña. La ropa de la familia era modesta y decente; pero toda se hacía en la casa: era sencilla, lo mismo que sus alimentos. Alguna vez se mataba una de las ovejas de la montaña para la cocina; y hacia el fin del año, era muerta y salada una vaca para que

serviese de provisión para el invierno. El cuero era curtido y servía para calzado de la familia. Con estos y otros medios crió este venerable sacerdote á su numerosa familia; cuidando no solamente, según sus propias y afectuosas palabras "de que no carecieran de lo necesario para la vida," sino proporcionándole "una educación no limitada, y los medios de adelantar en la sociedad" (1).

Muchos hombres han "desdeñado los goces y han vivido días de trabajo," para adelantar en el mundo, y para elevarse en la sociedad. Han vivido humilde y frugalmente, para poder realizar cosas más grandes. Se han sostenido á sí mismos con el trabajo de sus manos, hasta que pudieron sostenerse con el trabajo de su inteligencia. Algunos podrán alegar que esto no es justificable — que es un pecado contra el proletariado intentar elevarse en el mundo, — que, "una vez remendón siempre será remendón." Pero, hasta que se haya establecido un sistema mejor, es la aplicación propia de los individuos el único método por el cual pueda ser conquistada la ciencia y el saber, y adelantada de un modo permanente la sociedad.

Dice Goethe: "Es del todo indiferente en qué círculo obra un hombre, con tal que sepa cómo comprender y llenar completamente ese círculo;" y en otra parte: "Una voluntad honrada y vigorosa podrá abrirse camino y emplear su actividad ventajosamente bajo cualquier forma de sociedad." "¿Cuál es el mejor gobierno? pregunta. ¡El que nos enseña á gobernarnos á nosotros mismos!" Y todo lo que necesitamos según su parecer, es la libertad individual, y la cultura propia. "Dejad tan sólo, dice, que cada cual haga lo justo en su puesto, sin molestarse por la baraúnda del mundo."

En todo caso, no es por el socialismo, sino por el individualismo, como ha llegado á hacerse algo para la adquisición del saber y del adelanto de la sociedad." La voluntad y la deter-

(1) La mejor relación escrita sobre Mr. Walker se encuentra en el "Apéndice á los poemas de Wordsworth". El poeta apreciaba muchísimo el carácter del sacerdote, é hizo mención de él en su "Excursión", como así mismo en las notas á los sonetos titulados: "The River Duddon."

minación de los hombres, individualmente es lo que impele al mundo hacia adelante en el arte, en la ciencia, y en todos los ramos y métodos de la civilización.

Los hombres están individualmente dispuestos á negarse satisfacciones personales, pero las comunidades asociadas no lo quieren. Las masas son demasiado egoístas, y temen que se aprovecharán otros de cualquier sacrificio que se les pida que hagan. Por eso buscamos entre el noble grupo de espíritus resueltos á aquellos que ponen de pie y elevan á la sociedad tanto como á sí mismos. El recuerdo de lo que han hecho obra como un estímulo sobre los otros. Rodea al espíritu del hombre, reanima su voluntad, y le estimula á hacer otros esfuerzos.

Cuando lord Elcho habló á los mineros de carbón del East Lothian, nombró á varios individuos que habían sabido elevarse desde la mina de carbón, y mencionó el primero de todos á Mr. Macdonald, diputado por Stafford. "El principio de mis relaciones con Mr. Macdonald, añadió, fué cuando se me dijo que un minero quería verme en las antecámaras de la cámara de los Comunes. Salí y vi á Mr. Macdonald, quien me entregó una petición de este distrito, que me pidió que presentara. Entré en conversación con él, y me sorprendió su inteligencia. Díjome que había principiado su carrera en una mina en el Lancashire, y que el dinero que economizaba en el verano, lo gastaba en el invierno en la universidad de Glasgow; y allí es donde ha adquirido toda la instrucción y la aptitud para escribir, que pueda tener. Sostengo que esto es un ejemplo que honra á los mineros de Escocia. Otro ejemplo es el del doctor Hogg, quien principió como trabajador minero en este condado; trabajaba por la mañana, asistía á la escuela por la tarde; en seguida fué por cuatro años á la universidad, y por cinco años á la facultad de teología; y después, á consecuencia de sufrir en su salud, salió del país, y ahora está ocupado como misionero en el alto Egipto. Ó tomad el caso de Mr. (ahora sir Jorge) Elliot, diputado por Durham del norte, quien ha hablado en favor de los mineros, con tanta más ventaja, cuanto que tiene conocimiento práctico de su trabajo. Principió como

trabajador en una mina, y se abrió paso hasta tener empleados muchos miles de hombres. Se ha elevado á su gran riqueza y posición desde el más humilde origen, como es capaz de hacerlo cualquiera de las personas que me escuchan ahora, á un grado mayor ó menor, si tan sólo se proponen ser económicas y laboriosas."

Lord Elcho pudo también haber citado al doctor Hutton, el geólogo, hombre de genio de un orden mucho más elevado, que era hijo de un veedor de carbón. Bewick, el grabador en madera, fué, según se dice, hijo de un minero de carbón. El doctor Campbell fué hijo, también, de un minero carbonero de Loanhead: fué el precursor de Moffat y de Livingstone, en sus misiones entre los Bechuanas, en el sur de África. El poeta Allan Ramsey era también hijo de un minero.

Jorge Stephenson se abrió camino desde la mina hasta la más elevada posición como ingeniero. Jorge principió su carrera con laboriosidad, y cuando hubo ahorrado un poco de dinero, lo gastó en adquirir algún estudio. ¡Cuán feliz hombre se sentía al serle aumentado su salario á doce chelines por semana! Con ese motivo declaró que había "sido hecho hombre para el resto de su vida." No solamente podía mantenerse con lo que ganaba, sino que podía ayudar á sus pobres padres, y pagar su propia educación. Cuando hubo aumentado su habilidad, y su sueldo fué aumentado á una libra esterlina por semana, principió inmediatamente, como operario prudente é inteligente, á reservar su dinero sobrante; y cuando hubo ahorrado su primera guinea, declaró con orgullo á uno de sus colegas que "¡ya era hombre rico!"

Y tenía razón. Porque el hombre que después de satisfacer sus necesidades tiene algo que ahorrar, ya no es un pobre. Lo cierto es que desde ese día no miró para otros Stephenson; su progreso como hombre que adelantaba fué tan firme como la luz de la salida del sol. Una persona de mucha experiencia ha asegurado que nunca había conocido entre los operarios un solo caso de un hombre que al fin hubiera llegado á ser por-diosero después de haber sabido ahorrar una libra esterlina.

Cuando Stephenson se propuso construir su primera locomotora, no tenía medios suficientes para satisfacer su costo. Pero durante su vida de operario, había establecido su buen nombre. Se tuvo confianza en él. Fué recto. Era hombre en quien se podía confiar. En efecto, cuando el conde de Ravensworth fué informado del deseo de Stephenson de construir una locomotora, le proporcionó en el acto los medios para poner en ejecución sus planes.

Watt, también, cuando inventó la máquina condensadora de vapor, se mantenía con la fabricación y venta de instrumentos matemáticos. Hacía flautas, órganos, compases, cualquier cosa que le pudiese sostener, hasta que pudiera perfeccionar su invento. Al mismo tiempo perfeccionaba su educación aprendiendo francés, alemán, matemáticas y los principios de filosofía natural. Esto duró muchos años; y cuando Watt hubo completado su máquina de vapor y descubierto á Mateo Boulton, ya había llegado á ser por sus propios esfuerzos un hombre lleno de perfecciones y de ciencia.

Estos grandes trabajadores no se abochornaban de trabajar con sus propias manos para ganar su subsistencia; pero también sentían dentro de sí la facultad de hacer tanto el trabajo intelectual como el manual. Y mientras seguían trabajando con sus manos, continuaban en sus inventos, cuyo perfeccionamiento ha resultado tan provechoso para la sociedad. Hugo Miller proporciona en su misma vida un excelente ejemplo de ese sentido común práctico en los asuntos de la vida que tan seriamente recomienda á los demás. Cuando principió á escribir poesía, y sintió dentro de sí la creciente facultad de un literato, continuó activamente su trabajo como picapedrero.

Horacio Walpole ha dicho que la protección dada por la reina Carolina á Esteban Duck, el poeta trillador, arruinó á veinte individuos, que se hicieron poetas. No aconteció lo mismo con los primeros éxitos de Hugo Miller. "No existe un engaño más fatal, dice, en que pueda caer un operario que en las disposiciones literarias, que el error de considerarse su-

perior á sus humildes ocupaciones; y sin embargo, es un error tan común como fatal. Ya había visto yo á varios infelices operarios arruinados, que creyéndose poetas, y considerando la ocupación manual con que únicamente se podían mantener independientes, como inferior á ellos, llegando á ser poco menos que mendigos, demasiado superiores para trabajar por su pan, pero no para mendigarlo virtualmente; y mirándolos como valizas avisadoras, resolví que con la ayuda de Dios, me desviaría de su error, y que nunca asociaría la idea de hajeza con una ocupación honrada, ó que me consideraría demasiado bueno para ser independiente."

Al mismo tiempo, un hombre que siente en sí algo bueno, que con estudio y laboriosidad podría hacerlo nacer, está completamente justificado para rehusarse á sí mismo, y para aplicar toda su energía á la cultura de su inteligencia. Y es increíble cuánto pueden ayudar para su progreso á un hombre semejante el cuidado, el ahorro, la lectura de libros y la aplicación constante.

El autor de este libro conoció en su infancia á tres hombres que trabajaban en el taller de un fabricante de herramientas de agricultura. Trabajaban en madera y en hierro, y hacían carretillas, arados, rastrillos, máquinas de trillar, y artículos semejantes. De un modo ú otro, se les metió en la cabeza la idea de que podrían hacer algo mejor que fabricar carretillas y rastrillos. No es que despreciasen la suerte del trabajo manual, sino que deseaban usarlo como un paso hacia algo superior. En esa época no podían haber sido sus salarios mayores de diez y ocho ó veinte chelines por semana.

Dos de los jóvenes, que trabajaban en el mismo banco, consiguieron ahorrar suficiente dinero para permitirles asistir al colegio durante el invierno. Al fin de cada sesión volvían á su trabajo manual, y ganaban un salario suficiente en el verano para volver á las clases durante el invierno. El tercero no adoptó este sistema. Entró en un instituto mecánico que acababa de establecerse en la ciudad en que vivía. Concurriendo á las conferencias y leyendo los libros en la biblioteca, adqui-

rió algunos conocimientos de química, de principios de mecánica, y de filosofía natural. Se contrajo mucho, estudió asiduamente en las horas libres de la noche, y llegó á ser un hombre aventajado.

No es necesario reseñar su historia, pero á lo que llegaron eventualmente, puede mencionarse. De los dos primeros, uno llegó á ser maestro y propietario de una escuela pública grande, el otro llegó á ser sacerdote disidente muy conocido, mientras que el tercero, abriéndose camino afanosa y valientemente, llegó á ser ingeniero principal y gerente de la compañía de vapores más grande del mundo.

Aunque los institutos mecánicos son instituciones antiguas, apenas han sido sostenidas por los operarios. La taberna atrae más y es más concurrida. Y sin embargo, los institutos mecánicos han sido un medio de hacer muchísimo bien, á pesar de que apenas son conocidos al sur de Yorkshire y Lancashire. Poniendo un sólido conocimiento mecánico aun al alcance de las pocas personas que han estado dispuestas á aprovecharse de él, han llevado á muchos individuos á posiciones de grande influencia social. Hemos oído decir públicamente á un hombre distinguido, que un instituto mecánico *le había formado*; y que si no hubiera sido por el acceso que le facilitó para llegar á toda clase de conocimientos, estaría ocupando una posición muy diferente. En una palabra, los institutos mecánicos le habían elevado desde la posición de bodegonero matriculado hasta la de ingeniero.

Nos hemos referido á la sabia práctica de hombres de humilde posición que se sostenían con su oficio hasta que veían un camino que los llevaba á mantenerse por medio de una ocupación más elevada. De ese modo se sostuvo Herschell con la música, mientras que se ocupaba de sus descubrimientos astronómicos. Cuando tocaba el oboe en los salones de refrescos en Bath, se retiraba mientras los danzantes se paseaban por la sala, salía y echaba una mirada al cielo con su telescopio, y volvía tranquilamente á su instrumento. Viviendo así de la música, fué cuando descubrió el *Georgium Sidus*. Cuando

reconoció su descubrimiento la Sociedad Real, de pronto fué célebre el tocador de oboe.

Franklin se mantuvo por mucho tiempo con su oficio de impresor. Era hombre muy trabajador, económico, frugal, y muy amigo de ahorrar tiempo. Trabajaba tanto por reputación como por los honorarios, y cuando se vió que se podía confiar en él, prosperó. Por fin, fué reconocido públicamente como un gran estadista, y como uno de los hombres científicos de su tiempo.

El astrónomo Ferguson vivió de pintar retratos, hasta que fueron reconocidos sus méritos como hombre científico. Juan Dolland se sostenía siendo tejedor de seda en Spitafields. En el curso de sus estudios hizo grandes mejoras en el telescopio refractario, y el telescopio acromático que inventó, le dió un elevado rango entre los filósofos de su siglo. Pero durante la mayor parte de su vida, mientras se ocupaba en sus investigaciones, continuó en su negocio primero, hasta los cuarenta y seis años de edad. Al fin se concretó por completo á hacer telescopios, y entonces abandonó la ocupación de tejedor de seda.

Winckelmann, el distinguido escritor de antigüedades clásicas y de bellas artes, era hijo de un zapatero. Su padre se esforzó cuanto le fué posible, en dar á su hijo una educación erudita; pero habiéndose enfermado y quedando inutilizado, tuvo que ir al fin á un hospital. Winckelmann y su padre tuvieron la costumbre de cantar por la noche en las calles para ganar algo que facilitara la ida del muchacho á la escuela. Se propuso entonces el joven Winckelmann, con gran trabajo, que había de sostener á su padre, y después por medio de la enseñanza, que se había de costear el colegio. Todos saben cuán distinguido llegó á ser finalmente.

Mientras escribía sus novelas Samuel Richardson, continuó en su comercio de libros. Vendía sus libros en la tienda, mientras que los escribía en la trastienda. No quería entregarse á la calidad de autor, por que amaba su independencia. "Sabéis, — le dijo á su amigo Defreval, — cuánto me ocupa mi negocio. Sabéis en qué clase de intervalos de tiempo escribo, para no descuidarlo, y para poder conservar esa inde-

pendencia que es la satisfacción de mi vida. Nunca he buscado patronos fuera de mí. Mi propia laboriosidad y la providencia divina han sido toda mi confianza. Los grandes no son grandes para mí á no ser que sean buenos, y es un privilegio glorioso que disfruta un hombre mediocre, que ha conservado su independencia, y puede decir de vez en cuando á la sociedad, (aunque no estóicamente) lo que piensa de esa sociedad con la esperanza de contribuir á mejorarla, aunque no sea más que una pizca.”

El difunto doctor Olynthus Gregory, al dirigir la palabra al «Instituto Mecánico» de Deptford en su primer aniversario, aprovechó la oportunidad de mencionar varios hombres de circunstancias humildes (á algunos de los cuales había podido ayudar), que, por medio de energía, aplicación y abnegación, habían podido realizar grandes cosas en la adquisición del saber. Así fué como describió el caso de un operario de caminos, que llegó á ser un hábil helenista; de un pífano, y de un soldado raso, en un regimiento de milicias, ambos matemáticos, que habían aprendido solos, uno de los cuales llegó á ser maestro de escuela lleno de éxito, y el otro dió notables conferencias sobre filosofía natural; de un jornalero que trabajaba en hojalatería, que inventó reglas para la solución de ecuaciones cúbicas; de un sepulturero de un pueblo del campo, que llegó á ser maestro de música, y quien con su amor por el estudio de la ciencia musical, fué transformado de un zote borracho en un esposo y padre ejemplar, de un minero de carbonero (corresponsal del doctor Gregory) que era un hábil escritor en materias de altas matemáticas; de otro corresponsal, obrero hojalatero, que también conocía el curso de las matemáticas puras, como se enseñan en Cambridge, Dublín, y en los colegios militares; de un sastre, que era un excelente geómetra, y que había descubierto curvas que se habían escapado á la atención de Newton, y el cual había trabajado laboriosamente y contento en su oficio hasta la edad de sesenta años, cuando, por recomendaciones de sus amigos científicos, fué nombrado examinador náutico en la « Casa de la Trinidad »; de un labrador

en Lincolnshire, que sin ayuda de hombres ni de libros, descubrió la rotación de la tierra, los principios de la astronomía esférica, é inventó un sistema planetario parecido al Tycónico; el de un zapatero del campo, que se distinguió como uno de los más hábiles escritores metafísicos de Bretaña, y que, teniendo más de cincuenta años de edad, tuvo que trasladarse por la influencia de sus talentos y lo que realmente valían, de su condado natal á Londres, donde fué empleado para editar algunas publicaciones útiles consagradas á la difusión del saber y de los mejores intereses de la humanidad.

Los estudiantes del arte han tenido que practicar la abnegación de muchos modos. Quentin Matsys se enamoró de la hija de un pintor, y resolvió ganarla. Aunque sólo era herrero y albeitar, estudió con tal contracción el arte, y adquirió tanta distinción, que la joven aceptó después al pintor á quien había rechazado antes como herrero. Flaxman, sin embargo, se casó antes que hubiera adquirido distinción alguna como artista. Era meramente un discípulo diestro y que prometía. Cuando sir Joshuá Reynolds oyó de su casamiento, exclamó: “ ¡Flaxman se ha inutilizado como artista! ” Pero no fué así. Cuando la mujer de Flaxman supó la observación, dijo: — “ Trabajemos y economicemos; no quiero que alguna vez se diga que Ana Denham impidió á Flaxman ser artista. ” Economicaron de conformidad con el propósito. Para ganar dinero se encargó Flaxman de cobrar los derechos parroquiales; y con lo que ahorró con arte y laboriosidad la pareja paciente, trabajadora, y económica, se fueron á Roma juntos. Allí estudió y trabajó Flaxman, allí adelantó su conocimiento del arte, y allí adquirió la reputación de ser el primero de los escultores ingleses.

La mayor parte de los artistas han salido de la vida modesta. Si hubiesen nacido ricos, nunca hubieran sido artistas, probablemente. Han tenido que abrirse camino de una posición á otra, y que fortalecer su naturaleza venciendo dificultades. Hogarth principió su carrera grabando cuentas de almacenes. Guillermo Sharp principió grabando chapas de

puerta. El escultor y medallista Tassie, principió su carrera como picapedrero. Habiendo visto por casualidad una colección de pinturas, aspiró á ser artista y entró en una academia para aprender los elementos del dibujo. Continuó trabajando en su antigua ocupación hasta que pudo mantenerse con la nueva. Usaba su trabajo como medio para cultivar su habilidad en su profesión más refinada y elevada.

Chantry, de Sheffield economizaba tanto el tiempo como el dinero. Ahorró cincuenta libras esterlinas de lo que ganaba como grabador y dorador, dió el dinero á su patrón, y rescindió su aprendizaje. Entonces fué á Londres, y encontró ocupación como grabador á jornal; emprendió la ocupación de pintar retratos y de modelar bustos, y por fin se abrió paso hasta el primer puesto como escultor.

Canova era picapedrero, lo mismo que su padre y su abuelo; y desde picapedrero se abrió paso hasta la escultura. Después de dejar la cantera, se fué á Venecia, y prestó sus servicios á un artista, de quien recibió muy poca remuneración por su trabajo. "Trabajé, dice, por una mera pensión, pero era suficiente. Era el fruto de mi propia resolución; y, conforme me lo presumía entonces, la anticipación de recompensas más honrosas, porque nunca pensé en la riqueza." Prosiguió sus estudios, de dibujo y modelar, idiomas, poesía, historia, antigüedades, y los clásicos griegos y romanos. Pasó un largo espacio de tiempo antes que fueran reconocidos sus talentos, y entonces se hizo célebre de repente.

Lough, el escultor inglés, es otro ejemplo de abnegación y trabajo vigoroso. Cuando niño gustaba del dibujo. Estando en la escuela hacia dibujos de caballos, perros, vacas y hombres, en cambio de alfileres; este fué su primer pago; y solía regresar á su casa con la solapa de su chaqueta llena de ellos. El y sus hermanos hicieron después figuras de barro. El Homero de Pope estaba sobre la ventana de su padre. Los muchachos aparecían tan encantados con él, que hicieron millares de modelos; uno tomaba los griegos, y el otro los troyanos. Un volumen truncado de Gibbon hacia una relación del Coliseo.

Después que la familia estaba en cama, hicieron los hermanos un modelo del Coliseo, y lo llenaron con gladiadores combatientes. Cuando crecieron los muchachos, fueron enviados á su trabajo usual fuera de puertas, siguiendo el arado y haciendo el trabajo acostumbrado de agricultura; continuando, sin embargo, apegados á modelar en sus horas libres. Por Navidad, era muy buscado Lough. Todos querían que hiciera modelos en pasta para los pasteles de Navidad, en particular los cacharreros de las inmediaciones. "Era un negocio pingüe," decía él después.

Finalmente, fué Lough de Newcastle á Londres, á abrirse camino en el mundo del arte. Obtuvo un pasaje en un barco carbonero, á cuyo contraamaestre conocía. Cuando llegó á Londres, durmió á bordo del barco carbonero mientras permaneció en el Támesis. Era tan apreciado de la tripulación, que todos le suplicaban que regresara. No tenía amigos, ni patrocinadores, ni dinero, ¿qué podía hacer teniendo todo en contra? Pero, habiendo llegado hasta allí, determinó seguir adelante. No quería volver por lo menos, en aquel momento. Todos los tripulantes lloraron cuando se separaron de él. Estaba solo en Londres, á la sombra de San Pablo.

Su primer paso fué tomar alojamiento en un oscuro primer piso de la calle Burleigh, sobre el almacén de un verdulero; y allí principió á modelar su grande estatua de Milo. Tuvo que quitar el techo para dejar fuera la cabeza de Milo. Allí le encontró Haydon, y se encantó con su genio. — "Fui, dice, á ver al joven Lough, el escultor, que acababa de aparecer, y ha producido grande efecto. Su Milo es efectivamente la cosa más extraordinaria de la escultura moderna, considerando todas las circunstancias. Es otra prueba de la eficacia del genio inherente (1). Que Lough debió estar pobre en esa época, es evidente por el hecho de que durante la ejecución de su Milo, no comió carne en tres meses; y cuando Pedro Coy le descubrió, estaba rompiendo su camisa para hacer tra-

(1) Autobiografía de Haydon, vol. II, p. 155.

pos mojados para su figura, para conservar húmeda la arcilla. Durante todo el invierno sólo tuvo fanega y media de carbón, y acostumbraba acostarse al lado del modelo de arcilla de su inmortal obra, húmedo como estaba, y tiritaba durante horas hasta que se quedaba dormido.

Chantrey dijo á Haydon cierta vez : “ Cuando haya hecho bastante dinero, me voy á consagrar al arte superior. ” Pero los bustos ocupaban todo el tiempo de Chantrey. Era pagado con munificencia por ellos, y nunca lo elevaron más arriba de hacer dinero de su profesión. La siguiente vez que Haydon vió á Chantrey en Brighton, le dijo : “ Aquí está un joven del campo, que ha venido á Londres, y está haciendo precisamente lo que vos estáis soñando hacer, hace tanto tiempo. ”

La exposición del Milo fué un inmenso éxito. El duque de Wellington fué á verlo, y encargó una estatua. Sir Mateo White Ridley quedó muy impresionado por el genio del joven Lough, y se hizo uno de sus mayores protectores. El escultor se resolvió á abrir para sí una nueva senda. Creía que los griegos habían agotado lo panteístico, y que los dioses paganos estaban agotados. Lough principió y prosiguió la escultura lirica ; quería ilustrar á los grandes poetas ingleses. Pero ahí estaba la dificultad obvia de decir la historia de una figura por medio de una simple actitud. Era como un relámpago de idea. “ El verdadero artista, decía, debe afirmar bien sus pies sobre la tierra, y barrer los cielos con su pincel. Mi idea, agregaba después, es que el alma debe estar unida al cuerpo, el ideal á lo real, los cielos á la tierra. ”

No es necesario describir el éxito de Mr. Lough como escultor. Su estatua “ Los Dolientes ” es conocida en todo el mundo. Ha ilustrado á Shakespeare y á Milton. Su Puck, Titania y otras grandes obras, son conocidísimas, y su genio, admirado universalmente. Pero puede mencionarse que su noble estatua de Milo no fué vaciada en bronce hasta 1862, cuando se exhibió en la exposición internacional de aquel año.

El conde de Derby, hizo las siguientes observaciones al dis-

tribuir últimamente los premios á los discípulos agraciados ó recompensados del colegio de Liverpool — (1) :

“ El mayor número de hombres, en todas las épocas y países, deben trabajar antes que puedan comer. Hasta aquellos que no están en esa necesidad, son impelidos en Inglaterra, generalmente por el ejemplo, la costumbre, y quizá por un sentimiento de lo que les conviene, á adoptar lo que se llama una activa ocupación cualquiera..... Si existe una cosa más cierta que otra, es esto : que todo individuo de una comunidad, está obligado á hacer algo por esa comunidad, en cambio de lo que recibe de ella, y ni la cultura intelectual, ni la posesión de la riqueza material, ni otro pretexto cualquiera, excepto el de la incapacidad física ó intelectual, puede dispensar á ninguno de nosotros de ese deber claro y personal... Y aunque en una comunidad como esta, pueda ser considerado por algunos como un punto de vista heterodoxo, digo que á menudo me parece en la actualidad, que estamos demasiado dispuestos en todas las clases á mirarnos como meras máquinas para hacer lo que se llama “ andarlo pasando, ” y á olvidar que hay en todo ser humano muchas facultades que no pueden ser empleadas, y muchas necesidades que no pueden ser satisfechas, por esa ocupación. No tengo una palabra que pronunciar contra la consagración tenaz al negocio mientras estáis en ello. Pero uno de los hombres más sabios y más ilustrados que jamás haya conocido, se retiró antes de los cincuenta años, de una profesión en que estaba haciendo una enorme ganancia, porque, decía que tenía tanto como él ó cualquiera de los suyos podía necesitar, y no veía por qué había de sacrificar el resto de su vida en adquirir dinero. Algunas personas le consideraban como un necio. Yo no lo creía así. Y creo que el caballero á quien aludo nunca se ha arrepentido de su resolución. ”

El caballero á quien se refería lord Derby era Mr. Nasmyth,

(1) Debiera hacerse y publicarse una colección de las admirables conferencias dirigidas á los jóvenes por lord Derby.

inventor del martillo de vapor. Y como él mismo ha permitido que se publique la historia de su vida, no hay necesidad de ocultar su nombre. Además, su vida es propia para proporcionarnos uno de los mejores ejemplos para nuestro tema. Cuando niño era de índole viva, activa y jovial. Hasta cierto punto había heredado las facultades mecánicas de su padre, el cual á más de ser un excelente pintor, era un consumado mecánico. En su taller fué donde el niño hizo sus primeros conocimientos con las herramientas. Tenía también por compañero al hijo de un fundidor de hierro, y á menudo iba á los talleres para ver modelar, fundir hierro, forjar, hacer modelos, y trabajos de herrería.

“Echo una mirada retrospectiva, dice el señor Nasmyth, á aquellas horas de las tardes de los sábados pasadas en recorrer los talleres de esta pequeña fundición, como el verdadero y único aprendizaje de mi vida. Yo no confiaba en la lectura sobre semejantes cosas. Veía, practicaba, y ayudaba cuando podía; y todas las ideas conexas á ellos se ofrecen después en mi espíritu permanentemente en todos sus detalles, sin mencionar el pequeño conocimiento adquirido al mismo tiempo sobre la naturaleza del operario.”

En el transcurso del tiempo, y con el auxilio de las herramientas de su padre, pudo hacer el joven Nasmyth algunos trabajos para sí. Hizo eslabones para yesqueros, que vendía á sus condiscípulos. Hizo modelos de máquinas de vapor, y modelos seccionales, para usados en las conferencias populares y en las escuelas; y con la venta de esos modelos, ganó el dinero suficiente que le permitiera asistir á las conferencias sobre filosofía natural y química en la universidad de Edimburgo. Entre sus obras de aquella época, estaba un modelo de una máquina de vapor que trabajaba para el uso en los caminos comunes. Andaba tan bien que fué inducido á hacer otra en escala mayor. Después de haber sido usada con éxito, vendió la máquina para mover una pequeña factoría.

Nasmyth tenía entonces veinte años de edad, y quiso aprovechar sus facultades prácticas. Su propósito era encontrar em-

pleo en uno de los grandes establecimientos de ingeniería. El primero en su opinión era el de Enrique Maudslay, en Londres. Para conseguir su objeto, hizo una maquinita de vapor, cuyas partes eran todas obra de sus manos, incluso lo fundido y lo fraguado. Se dirigió á Londres; se presentó á sí mismo al gran ingeniero, sometió sus diseños, enseñó sus modelos, y finalmente fué ocupado como operario privado del señor Maudslay.

Vino en seguida la cuestión de honorarios. Cuando Nasmyth salió de su casa para principiar su carrera por cuenta propia, formó la resolución de *no costarle á su padre ni un solo centavo*. Siendo el menor de once hijos, creyó que podría mantenerse solo, sin tener que recurrir en adelante á los recursos de la familia, y cumplió noblemente su resolución. Creía que el salario que era suficiente para sostener á otros operarios, sería ciertamente bastante para mantenerlo á él. Tendría que practicar el dominio sobre sí mismo y la abnegación propia; pero, por supuesto, eso podía hacerlo. Aunque era joven, tenía suficiente discreción y suficiente respeto propio para privarse de todo aquello que no fuese necesario, para poder conservar la valiosa colocación que había obtenido.

Bueno, por lo que hace al salario, cuando el Mr. Maudslay envió á su joven operario al cajero principal por su salario semanal, se arregló que Nasmyth recibiría diez chelines por semana. Sabía que con rigurosa economía, podría vivir con esta cantidad. Inventó un pequeño aparato para cocinar, del cual poseemos el diseño. No es necesario describir su método de cocinar, ni su método de vivir; baste decir que su aparato para guisar (del que se enorgullece mucho) le puso en condición perfecta de realizar su propósito. Vivió con sus recursos, y no costó á su padre ni un centavo más.

Al año siguiente se le aumentó el salario á quince chelines. Principió entonces á ahorrar dinero. No lo puso en un banco, sino que lo usaba con el fin de hacer las herramientas con que después principió su negocio. Al tercer año de su servicio fué aumentado otra vez su salario, con motivo del valor

de sus servicios, sin duda alguna. " Yo no sé, ha dicho después, que ningún otro período de mi vida haya abundado en un goce tan elevado de la existencia como en los tres años que pasé en casa de Maudslay. Era una magnífica colocación para uno que como yo, tomase tan seriamente todo lo que se refería á mecánica, en el estudio de los hombres lo mismo que en el de la maquinaria. Quisiera que muchos jóvenes hicieran como yo hice entonces. Estoy seguro que encontrarían su recompensa en ese sentimiento de constante mejoramiento, de adelanto diario, y verdadera independencia, que siempre tendrá un encanto para aquellos que son formales en sus esfuerzos para hacer un verdadero progreso en la vida y en la consideración de todos los hombres buenos. "

Después de haber pasado tres años en casa de Maudsley, regresó Mr. Nasmyth á Edimburgo para fabricar una pequeña provisión de herramientas de ingeniería á propósito para emprender negocios por cuenta propia. Alquiló un taller é hizo varios trabajos de poco momento de ingeniería, para aumentar su pequeña provisión de dinero y para perfeccionar su provisión de herramientas. Esto lo ocupó durante dos años; y en 1834 trasladó á Mánchester todas las herramientas y la maquinaria. Allí principió su negocio de una manera muy modesta, pero aumentó tan rápidamente, que se vió inducido á trasladarse á un delicioso terreno en el campo á orillas del canal de Bridgwater en Patricroft, y allí dió principio — primeramente con tinglados de madera — á la ahora célebre fundición de Bridgwater.

— " Allí, dice él mismo, trabajé de todo corazón hasta el 31 de diciembre de 1856, cuando me retiré para disfrutar, en *activa* ociosidad, el resultado de muchos días de ansiedad. Allí, con el favor de Dios, había consagrado los mejores años de mi vida al logro de una ocupación de que estaba orgulloso. Y confío que, sin vanidad indebida, me sea permitido decir que he dejado mi sello en varios inventos útiles, que probablemente no han dejado de tener poca participación en la mecánica de este siglo. Apenas habrá un buque de vapor ó una loco-

motora que no sea deudora de algo á mi martillo de vapor; y sin él, difícilmente podrían existir los cañones y acorazados de Armstrong y de Whitworth.

Pero aunque Nasmyth se retiró de los negocios á la edad de cuarenta y ocho años, no buscó el descanso en la ociosidad. Continúa ocupado como el que más, pero en un rumbo completamente diferente. En vez de estar atado á la tierra, disfruta entre las estrellas. Por medio de telescopios de su propia fabricación, ha escudriñado el sol, y ha descubierto sus " hojas de sauce; " ha examinado y fotografiado la luna, y en la monografía de ella que ha publicado, nos ha dado á conocer completamente su geografía. Es también un artista consumado, y pasa gran parte de su tiempo en la pintura, aunque es demasiado modesto para exponer en público. La última vez que visitamos su bello hogar de Hammerfield, estaba ocupado en pulir vidrios para uno de sus nuevos telescopios, y la fuerza motriz era un molino de viento erigido en una de sus pequeñas casas adyacentes.

Dos palabras antes de terminar. " Si yo tuviera que condensar en una sentencia toda la experiencia que he adquirido durante una vida activa y de éxito, dice Nasmyth, y tuviera que presentarla á los jóvenes como regla y recibo seguro de éxito en cualquiera posición social, la formularía en estas palabras: — " *Primero* ¡ el deber! *Segundo* ¡ el placer! " Por lo que he visto de los jóvenes y de su adelanto ulterior, estoy convencido de que lo que generalmente se llama " mala fortuna ", " mala suerte ", y " desgracia ", en nueve casos sobre diez, no es más que el resultado de *invertir* la sencilla máxima anterior. Una experiencia tal como la que he tenido, me convence de que la ausencia de éxito nace en el mayor número de casos de la falta de abnegación de sí mismo y de sentido común. La peor de todas las máximas es: " ¡ *Primero* el placer! ¡ El trabajo y el deber, *después!* " "